

Todo está en calma.

Lleva despierto media hora. Despierto e inmóvil. Tendido de espaldas, tieso como una vela. El sol aún tardará en salir. En la habitación de su izquierda se alojan Roy y Edna. Su hermano no tiene problemas de sueño. Después de la tuberculosis que padeció en 1920, Roy cumple unos horarios estrictos. Se va a la cama antes de medianoche. Se levanta a las siete. Aún faltan dos horas.

Walt no se ha traído ninguna lectura para el viaje, a excepción de la revista *Life*, que está en la mesilla de noche de Lillian. No quiere extender el brazo para cogerla ni encender la luz, por miedo de despertar a su mujer. Tanto el televisor como el transistor portátil están apagados. Oye el silbido del ferrocarril, seis veces, siete, ocho, una tras otra; será un tren de pasajeros o de mercancías, que no para en Marceline. El repiqueteo de las ruedas sobre los railes se va apagando lentamente y se extingue.

Desde hace cuatro décadas, algo airoso de cualquier reto, se dice por lo bajo, como cada mañana después de despertarse y antes de ponerse en pie. Ha habido contratiempos, sin duda; pero fueron escasos. Inusitadamente escasos. A veces parecía que íbamos a tener que despedir a todos nuestros trabajadores. Cerrar el estudio. Pero Roy siempre ha sabido hacer cambiar de opinión a banqueros, patrocinadores y accionistas. Roy, su hermano, siete años y medio mayor. El realista de la familia, el que retrocedía espantado ante los cambios —lo que es peor, intentaba impedirlos desde el primer momento—. El que nunca quería creer que se pudieran obtener beneficios de las ideas de su hermano pequeño. Pese a todo, sin Roy, piensa Walt, no tendríamos empresa. Con el paso del tiempo, Roy le sacó millones y millones al Bank of America. Cómo lo logró es algo que Walt no

entiende muy bien. Por otra parte, siempre ha sido muy consciente de que fue solo su imaginación la que hizo posible aquella cadena interminable de créditos. Fui el primero, se dice para sí, en darle personalidad a los dibujos animados. Fui el primero en trabajar en color. Fui el primero en dotar de sonido a las películas de dibujos animados. El primero en producir un largometraje de animación. El primero en darle al mundo un parque temático que no es sórdido, ni está sucio ni resulta desagradable en absoluto. Un pequeño paraíso en la tierra, mi reino de Anaheim. Walt disfrutaba una barbaridad haciendo que los triunfos del pasado y las jugadas maestras del presente desfilasen ante él: hasta ahora he recogido treinta y una –¿o son treinta y dos?– estatuillas doradas en los Oscar, más que nadie antes, más de las que nadie recogerá jamás. Y también otros seiscientos trece premios de todo tipo: doctorados honoríficos, medallas y distinciones en todo el mundo.

Tengo motivos de sobra para estar agradecido, se repite todas las mañanas: siempre caigo de pie, como los gatos. Me doblo, pero no me rompo.

Hace solo unos pocos años, piensa Walt, que saldamos nuestra montaña de deudas. Ahora nos pertenece a nosotros cada céntimo que recaudamos. A nuestra empresa, a nuestros accionistas; no al banco. Solo desde que existe mi reino de Anaheim; desde mis *Veinte mil leguas de viaje submarino*; desde los cinco capítulos de *Davy Crockett*, y los *101 dálmatas*, y mi *Mary Poppins*. Después de *Blancanieves*, nos fue bien, hace unos treinta años. Éramos ricos; durante tres o cuatro años, Roy y yo y nuestras esposas nos comprábamos todo lo que se nos antojaba. Empecé a jugar al polo... y, poco a poco, iacabé por tener doce caballos! Fueron los años de las vacas gordas, del 37 al 40. Pero entonces vinieron *Pinocho*, y *Fantasia*, y *Bambi*... y la abundancia pareció llegar a su fin.

Hace veinticinco años que Lillian y Walt, que llevan casados cuarenta y uno, no duermen en la misma cama. Solo cuando están de viaje se da en ocasiones la situación excepcional de compartir la cama y el calor, cuerpo contra cuerpo. Habitaciones separadas: esta fue una de las condiciones que le impuso su mujer después de la gran

huelga del personal del estudio, a mediados de los años cuarenta. Si quería seguir casado con ella, tendría que pasar las noches en su propia cama: tenía el sueño demasiado agitado. A menudo, la despertaba en medio de la noche, la atosigaba con sus preocupaciones, sus miedos, sus dudas sobre sí mismo y sobre el mundo. Otra condición para seguir con el matrimonio, expresada años antes de la huelga del estudio, le comprometía a adoptar un niño. Su primogénita, Diane, tenía entonces tres años y anhelaba un compañero de juegos. A regañadientes, él firmó los papeles necesarios. Y así Sharon entró en su vida. En los primeros años, la veía tan poco que una vez le preguntó a su mujer quién era esa chiquilla que retozaba por el jardín con Diane.

*

Los primeros rayos de luz del día rozaron el cielo de Marceline. Poco a poco, las siluetas del mobiliario de la habitación iban tomando forma. El enorme armario ropero. Las mesitas de noche. Las cortinas con estampado de tulipanes. La gran lámpara de araña con sus siete brazos y sus bombillas alargadas. De nuevo se oye el aullido de una locomotora, estridente y sordo a la vez –una mezcla extraña: alto y suave–, y el golpeteo del centenar de ruedas sobre las vías al rodear Marceline –no, no lo rodean, sino que lo atraviesan– en su camino de Chicago a Kansas City o de Kansas City a Chicago: el sonido característico del lugar. Cada veinte o treinta minutos quebraba el silencio campestre.

Soy un líder, soy un pionero, soy uno de los grandes hombres de mi época; en su interior, a Walt estas palabras le resuenan como un eco. Esta oración de alabanza a sí mismo se la repite todas las mañanas, mientras está tendido despierto, antes de que salga el sol, desde *Blancanieves*, desde 1937. Mi nombre está en boca de más personas que el de Jesucristo. Millones de personas conocen, por lo menos, una de mis películas. Soy un mito. Mi ratón gusta más que el Niño Jesús y Papa Noel juntos. Es algo que no existía antes de mí: un género artístico, una idea, un concepto, que llega a toda la humanidad, que gusta y deleita a todos. He creado un universo. Mi fama durará siglos.

En cambio, para la gente de Marceline, añade hoy sábado –10 de septiembre de 1966–, está claro que soy una especie de dios. Vivimos aquí cuatro años, murmura Walt a la penumbra de la habitación. Yo tenía cuatro años y medio cuando llegamos y nueve cuando nos fuimos. He vuelto en pocas ocasiones, hacía diez años que no venía de visita.

Por la tarde, Walt tiene que inaugurar la nueva piscina descubierta y el parque que la rodea, y bautizarlos con su nombre. Rara vez ha estado tan orgulloso, ni siquiera dos años atrás, cuando adornó con su nombre una escuela para mil cuatrocientos niños en Pittsburgh. En aquella ocasión llegó, cortó la banda en presencia de los próceres de la localidad y partió inmediatamente después del acto.

Se deshace de la sábana con parsimonia, para no despertar a Lillian, y a tientas se dirige al baño por el oscuro pasillo. Tarda en encontrarlo. Hace meses que debería haber ido al médico, pero sigue alargándolo. Le duele el cuello. En la pierna derecha siente tirones y calambres casi insoportables. Tiene dolor de espalda. Enciende la luz y llena la bañera de agua caliente.

La lesión que se hizo jugando un partido de polo, casi treinta años atrás, lo atormenta ahora más que nunca. Se cayó del caballo en una competición inútil en la que su equipo no tenía posibilidades de ganar. No tenía sentido seguir luchando. Sin embargo, Walt y su equipo –del que también formaba parte Spencer Tracy– continuaron jugando imperturbables hasta el momento del accidente. “¡No rendirse nunca!”, decía uno de los mandamientos de Walt. El golpe le afectó tres vértebras cervicales que nunca se curaron del todo. Un quiropráctico muy apreciado en Hollywood, a quien frecuentaban estrellas, directores y productores, hizo creer a Walt que podía curarle la lesión sin tener que venderle todo el cuerpo; sin corsé, sin escayola en el torso. Una decisión equivocada cuyas graves consecuencias aún lamenta.

Mete su largo cuerpo dentro de la bañera caldeada. Deja que entre más agua caliente, abriendo y cerrando el grifo con los dedos del pie izquierdo. Lleva dos días sin que le den el masaje. El dolor de las vértebras lo tortura más de lo normal. En su estudio de Burbank, se tiende bocabajo todas las tardes a las siete o siete y media sobre una

cama estrecha en una habitación contigua a su despacho. Llama a esta habitación, empapelada con fotografías y dibujos que ilustran la historia de su vida, la sala de la risa. Allí se sirve un vaso de whisky, lo bebe y, a continuación, hace que le apliquen calor. Deja que le masajeen la espalda, la nuca, las caderas, las piernas. Mientras Hazel George, la enfermera del estudio, que lleva veinticinco años siendo su masajista, trabaja sus extremidades, él cuenta alguna cosa de su vida. No tiene muchos secretos; con todo, los pocos que guarda solo los comparte con Hazel George.

Por lo general, sus cuidados le proporcionan alivio, aunque por poco tiempo. Sin embargo, últimamente, incluso tras reiteradas compresiones y minuciosa fisioterapia, el dolor punzante aún persiste a veces.

Cuando Walt y Roy aparecen para el desayuno, poco después de las siete, la pareja de anfitriones, el señor y la señora Othic, están sentados en la soleada cocina, en un estado de alegre agitación. Se sienten orgullosos, incluso muy orgullosos, de alojar a los hermanos. Se conocen—casi se podría decir que son amigos— desde el año 1956, cuando Walt bautizó con su nombre la escuela primaria de Marceline. Cincuenta años atrás había en Marceline un hotelito, el Allen, situado en el primer piso encima de Murray's, la tienda de ropa de Kansas Avenue —la calle principal—, a pocos pasos de la estación. El Allen cerró a mediados de los años cuarenta, cuando Marceline perdió parte de su relevancia en la industria del carbón y como enlace ferroviario. A mediados de los sesenta, solo había un motel de nueva construcción en la periferia de la población, el Lamplighter, una casa fea, de construcción tosca y habitaciones deslucidas. Pero como diez años antes, en 1956, no existían ni el Allen ni el inadmisibles Lamplighter, Walt había llamado al alcalde para decirle que, durante su estancia de dos días en Marceline, prefería alojarse en una casa a que lo acomodasen en Macon o Moberly, las únicas poblaciones importantes de los alrededores. No obstante, la casa tenía que tener aire acondicionado, exigió. Eso le facilitó la elección a Eddie Strayhall: de los dos mil cuatrocientos ochenta y ocho habitantes de Marceline, solo una familia tenía aire acondicionado en esa época, la de Othic, un acaudalado granjero, criador de martas cibelinas, que se

había hecho construir una lujosa villa de cuatro dormitorios y dos baños en Kansas Avenue, esquina con Bisbee Street. Era una construcción grande, de ladrillo de color rojo intenso, diferente de las demás casas de Marceline; uno la habría situado en los barrios más aristocráticos de una gran ciudad, no en pleno campo.

Desde entonces, ambos habían estado en contacto –dos de los hijos de los Othic habían estado en Los Ángeles invitados por Walt en más de una ocasión, lo que les permitió conocer Disneylandia como visitantes especiales. Walt los acompañó de atracción en atracción. Por Navidad, los dos chicos y la benjamina de los Othic recibían abundantes regalos del señor Disney, a quien los tres chiquillos podían, o mejor dicho, debían, llamar tío Walt: él insistía en este tratamiento.

Salvo unos pocos escogidos, nadie sabe cuándo llegó Walt a Marceline ni dónde pasa la noche. A las siete de la mañana un grupo de personas se congregó ante el Lamplighter; pero se extendió como la pólvora la noticia de que Walt se alojaba de nuevo –igual que diez años atrás– en casa de los Othic.

Después del desayuno apura su primer Lucky Strike del día, tanto que las puntas amarilloverdosas de sus dedos apenas pueden sostener la colilla. Y de inmediato enciende el siguiente, con el rescoldo del anterior, y se lo fuma con la misma ansiedad. Walt y Roy llevan traje color antracita de la casa Klein & Hutchinson, de Cañon Drive (Beverly Hills), fino y hecho a medida; camisa blanca y corbata: Walt de color azul claro y Roy ocre. Siguiendo su costumbre, Walt ha metido un pañuelo blanco de adorno en el bolsillo de la chaqueta y ha abrochado a la altura del pecho el alfiler de corbata dorado, que lleva años poniéndose. Ni siquiera aquí, en el campo, rompen los hermanos su código indumentario autoimpuesto. Con una única excepción: esta mañana calzan botas, unas botas camperas de cuero negro.

Lillian y Edna todavía duermen cuando sus maridos dejan la casa. La víspera tomaron unos medicamentos muy fuertes que Lillian siempre lleva consigo. Desde hace algunos años, también Edna sufre severos trastornos del sueño. Los hermanos desean pasear inadvertidos hasta la casa de Missouri Street, esquina Broadway, que había sido, hace más de medio siglo, el hogar de la familia: Elias, el padre, fla-

co, desgarbado y a menudo de malhumor; Flora, la madre, con la boca torcida de dolor y los ojos casi siempre tristes; Ruth, la hija de dos años, y sus hermanos, mucho mayores que ellos, Herbert y Raymond, que entonces se escaparon de casa porque ya no soportaban la mezquindad de Elias, ni su despotismo, ni los castigos físicos a que los sometía. Roy y Walt tienen la esperanza de llegar al riachuelo al que iban a pescar con los chicos vecinos (los hijos de los Taylor) y con Clem Flickinger, sin que nadie del lugar los reconozca y los siga. Quieren estar solos, repasar sus recuerdos sin ser molestados. Están deseando viajar al pasado.

La mañana huele a tierra húmeda, a hierba fresca, un olor a estiércol de vaca viene de la lejanía. El 10 de septiembre de 1966 es sábado. Los niños no tienen colegio. Cuando los hermanos dejan atrás la primera manzana de casas en dirección norte, alejándose del centro de la población, a las ocho menos cuarto de la mañana, les sale al encuentro el grupo que los esperaba frente al Lamplighter y otras personas de Marceline, unidas a la pandilla original, armadas con cuadernos, diarios, lapiceros, bolígrafos, estilográficas... Asaltan a Walt: "¡Hey!", "Hola", "¡Yeah!", "¡Uh", "Yo", "Señor". No se oye otra cosa que el sonido de los garabateos de Walt al escribir. A Roy nadie le pide un autógrafo. Todos se agrupan alrededor de Walt, solo se acercan a él, con el ímpetu de una colmena en torno a la abeja reina.

Walt da su autógrafo treinta, cuarenta veces, de buen grado, aunque sin la menor sonrisa. Y todos se quedan asombrados de lo poco que su firma se parece a las letras redondas asociadas a su nombre en las que todos creen reconocerlo; no se parece a la firma que decora los carteles de las películas, las cabeceras de los programas de televisión, los millones de tebeos y libros para niños.

Es un soleado día de finales de verano, con unas nubecitas de jirones de algodón. Va a hacer calor en Marceline, Missouri. Las estelas de los aviones de pasajeros que cruzan el continente atraviesan el cielo. Ahora huele a heno recién segado, a manzanas y albaricoques maduros. Walt y Roy reinician su trayecto –a pesar del grupo de personas que los rodean.

–A casa –le susurra Walt a su hermano.